RELATO DE AUTOFICCIÓN

""YA SÉ QUIÉN SOY"

¿Qué vamos a hacer?

Se trata de escribir un relato de autoficción aprovechando el tiempo de confinamiento y el tiempo que pasamos con nuestras familias. Utilizamos datos reales y creamos con ellos y con nuestra imaginación un relato imaginario. Contamos lo que podía haber pasado, lo que nos hubiera gustado, o no, que pasara.

Vamos a recoger toda la información real y verdadera que podamos y vamos a mirarla y a viajar por nuestra imaginación.

PASOS A SEGUIR

Elegir 4 fotos de cada uno de nosotros en cuatro momentos diferentes.

Foto de bebé. Aquí recopilamos información primaria, no sólo la básica sino cualquier detalle que alguien recuerde de nuestro nacimiento.12

Foto de algún momento que no recordemos. Es decir, que sepamos de él sólo por lo que nos han contado otros pero que es información fidedigna.

Foto de un momento actual. Anotamos los datos reales del momento en cuestión y los detalles que lo rodean y describan nuestra realidad actual.Foto de un momento actual. Anotamos los datos reales del momento en cuestión y los detalles que lo rodean y describan nuestra realidad actual.

Elegimos una imagen que nos atraiga y que de alguna forma nos sugiera nuestro futuro.

VAMOS A ESCRIBIR

Vamos a escribir.

Todo lo que soy viene de la realidad que he sido y de todo lo que me rodea. Voy a mirar toda esa realidad y a viajar muy lejos.

No te conformes con poco. Aprovecha el billete y disfruta.

Soy Olga Valenzuela Albarrán. Nací en Córdoba, el sábado 12 de enero de 1974. Este mismo día en 1610 se decretó la expulsión de los moriscos en Andalucía y en 1628 nació también Charles Perrault. En 2008 el día de mi cumpleaños murió Ángel González, uno de mis poetas preferidos. Pesé 3 kilos y medí 50 cm. Soy la segunda de tres hermanos. Lloraba mucho por las noches y no tomé teta. Mi abuela me cogía de las piernas al cambiarme y decía que parecía un conejo.

Día 22 de mayo de 1982. Yo tenía 8 años y estábamos en la boda de mis primos en el pueblo. Yo estaba jugando con los demás niños del banquete en un salón y me vinieron a buscar para hacerme esta foto. Los novios, que me querían mucho, tenían el gusto de que yo llevara la espada con la que iban a partir la tarta.

Tengo 45 años y tres hijos y comparto mi vida con un ser maravilloso que me acompaña a diario, Javier. Soy profesora de Lengua y Literatura en el IES La Fuensanta de Córdoba. Esta foto es del 12 de agosto de 2019. Estoy en Palermo y son las doce y doce minutos. Hace un calor horrible. Hemos hecho escala en esta ciudad. Estamos de vacaciones en un crucero.

La foto representa inspiración y tranquilidad.

MI NOMBRE

Que yo me llame Olga es algo circunstancial. Yo debería haber sido un niño, es lo que mis padres estaban deseando. Después del nacimiento de mi hermana sus amorosos intentos por traer otra criatura al mundo no tenían otra finalidad que otorgar el nombre paterno al descendiente. Al cerciorarse de que yo era una niña y tener que renunciar a la idea de utilizar el deseado nombre, mis padres decidieron no pensar ni un momento en cómo me llamarían. Yo, que estaba pendiente de todo, no podía sacarme de la cabeza el hecho de que nadie pronunciaría mi nombre, puesto que no lo tendría. Imaginaba que al nacer iría directamente al montón de niños sin nombre. Hice lo que pude por gritar, patalear y suplicar que mis padres cambiaran de actitud. Mi tamaño era tan pequeño que dentro de aquel globo de agua no conseguí nunca que mi madre notara ni uno solo de mis movimientos. Un día le pellizqué tan fuerte que rompí el conducto que conduce la leche hasta los pechos de la madre. Intenté arreglarlo pero finalmente se derramó entera y no puede tomar nada cuando salí. Esa fue la primera consecuencia de no tener nombre. Y mi madre no se percató de nada. La vida pasó. Después de mí llegó el hermano. Reconozco que nacer con un nombre puesto le da a uno un pase especial, un billete dorado, un lazo a la vida de otro. He caminado siempre entre los nombres de mis hermanos. Ambos me han parecido mágicos, por la leyenda que les regalaban. Cuando aquella mujer me entregó la espada, supe que en realidad me estaba dando una forma de llamarme. Tuve que fingir durante un rato para que nadie se diera cuenta de lo que pasó después de utilizar la espada para partir la tarta en aquel gesto ceremonioso y fuera de lugar que me hizo abandonar mi juego infantil y tener que ponerme los zapatos rápidamente. Aquella señora, me llamó por mi nombre. A partir de ese momento decidí que haber nacido sin un nombre pensado, sin un sentimiento creado alrededor del hecho de pronunciar la palabra que te nombra, no era sino lo mejor que me había pasado. Sostuve aquella mágica espada entre mis pequeñas manos y partí la estúpida tarta de aquella boda familiar. El hecho de haberla cogido, de haberla tocado, me otorgó el poder de nombrar todas las cosas, el poder de escribir todos los nombres de todas las cosas. Mis cuarenta y seis años están llenos de nombres que me han sembrado de historias inimaginables. De pájaros que me acompañan. Todas la letras que me conforman son trozos de palabras de otras personas. A menudo me río cuando alguien me llama. No imaginan que no me nombran a mí. Solo yo y mi imaginación sabemos cuál es mi verdadero nombre. Así será siempre. La inspiración y la literatura harán el resto. Ol.